

INVITACIÓN A LA UNIDAD

EL CONCILIO VATICANO II Y LA UNIÓN DE LOS CRISTIANOS EN EL PENSAMIENTO DE S. S. JUAN XXIII

I. DEL CONCILIO VATICANO I AL CONCILIO VATICANO II

1) *Hace casi cien años...*

El 8 de setiembre de 1868, en vísperas de celebrarse el Concilio Vaticano I, Pío IX dirigía una carta apostólica a todos los Obispos Orientales separados de la Comunión de Roma, para invitarlos a tomar parte en él. “*Os dirigimos nuevamente la palabra —decía— y con todo el ardor de nuestro espíritu os pedimos que queráis concurrir a dicho Sinodo General*”. La invitación se proponía “*renovar las leyes de la antigua amistad*” y hacer que “*la paz de los Padres... retome su primitivo vigor*”, para que por fin “*vuelva a resplandecer para todos el sereno astro de la unión tan ansiada*”¹.

En Roma se puso el mayor esmero en redactar la invitación. “*Deberá ser de tono afectuoso y paterno... evitando... hablar del estado lastimoso a que se han visto reducidos los cismáticos, y cualquier alusión que pueda lastimar su amor propio.*” Así reza el acta de la reunión ad hoc del 22 de marzo de 1868². Un historiador de la época nos advierte que “*la odiosa palabra cismáticos fue cuidadosamente evitada*”. Y comenta entusiasmado que “*no hay una palabra siquiera que pueda, ni de lejos, indisponer el ánimo de los separados*”³.

A casi un siglo de distancia quedamos confundidos al releer un documento en cuya composición se puso tanto cuidado. Es cierto que el calificativo *cismáticos* está expresamente excluido. Pero no se teme allí mismo afirmar que las Iglesias del Oriente están “*ahora separadas y divididas de la Comunión de la Santa Iglesia Romana por los pérfidos artificios de aquel que provocó el primer cisma en el*

¹ *Arcano Divinae Providentiae*, ASS vol. IV, 129-31.

² CECCONI, E., *Storia del Concilio Ecumenico Vaticano scritta sui documenti originali*, Roma, 1872, t. I, pp. 128-129.

³ *Ib.*, p. 131.

cielo". ¿Cómo los redactores no sospecharon que sería motivo de ofensa? A esto vino a sumarse la inoportuna publicación del documento en el *Giornale di Roma* antes de que hubiese llegado a manos de los destinatarios.

La manifiesta cordialidad de la carta apostólica fue totalmente anulada por estos detalles de importancia. Hoy entendemos mejor y nos irrita menos la actitud adoptada entonces por los orientales. En Constantinopla, a un gesto del Patriarca, el Padre Testa, que presidía la misión pontificia, tuvo que dejar sobre el diván el documento de invitación y escuchar una grave recriminatoria. "*No soportamos —dijo entre otras cosas— que se renueven las antiguas heridas y se aticen odios apagados con discusiones y peleas verbales, que terminan más bien en divisiones y enemistades*". Una nueva indicación advirtió a los enviados que retomasen el pergamino para devolverlo al Delegado Apostólico en cuya ausencia habían hecho la visita ⁴.

Otras diligencias fueron más serenas, pero todas igualmente infructuosas. El Oriente desconfiaba de Roma. Veinte años antes el mismo Pío IX había dado un primer paso hacia la reconciliación con su carta apostólica *In Suprema Petri Apostoli Sede* del 6 de enero de 1848. Se había puesto de manifiesto entonces, que el problema de la unión de los cristianos era como un campo minado. La primera incursión de Roma en ese terreno, hecha con desaprensiva inexperiencia mas con verdadero amor fraternal, había provocado una explosión de violento antirromanismo. Gregorio, el Patriarca de Constantinopla, no perdió la ocasión de recordar el viejo episodio a la embajada papal. Todavía sonaban en los oídos de los orientales algunos párrafos de la carta de Pío IX, interpretados por ellos como una invitación formal a la apostasía.

"Os aseguramos —*había escrito Pío IX*— que nada Nos será tan dulce como veros volver a Nuestra Comunión. Lejos de querer gravaros con alguna prescripción que pudiera parecer dura, os recibiremos con paternal benevolencia y con el más tierno amor, según la costumbre constante de la Santa Sede. No os pediremos sino lo absolutamente necesario... En lo tocante a vuestros sagrados ritos no habrá que suprimir sino los elementos contrarios a la fe y a la unión apostólica... Además, en lo concerniente a los ministros sagrados, los presbíteros y obispos de los pueblos orientales que vuelvan a la unidad católica, Nos hemos dispuesto mantener la misma conducta que tuvieron nuestros predecesores...; los mantendremos en sus rangos y dignidades y contaremos con ellos no menos que con el restante clero católico del Oriente para mantener y propagar entre sus pueblos el culto de la religión católica" ⁵.

⁴ Relación del Patriarcado publicada en los diarios griegos de Constantinopla el 23-X-1868; texto original en CECIONI, o. c., t. II/2, pp. 15-19; traducción italiana, ib., pp. 1519-1523.

⁵ Texto parcial tomado de AUBERT, R., *La Saint-Siège et l'Union des Églises*, Bruxelles, 1947, pp. 20-22.

La reacción no se había dejado esperar. En el mes de mayo del mismo año 1848, el Patriarca Antimo reunía un Sínodo en Constantinopla. El extenso documento labrado en él, es una especie de Carta Magna del Antilatínismo. El tono es severo. Poco antes de terminar se fulmina la excomunión.

Esta fe ha sido marcada con el sello de la perfección y no es susceptible de disminución, aumento o alteración. Quienquiera ose realizar, aconsejar o premeditar algo semejante, ha renegado ya de la fe de Jesucristo y se ha sometido voluntariamente al eterno anatema como blasfemo contra el Espíritu Santo... Este terrible anatema, hermanos y queridos hijos nuestros en Jesucristo, no somos nosotros quienes lo pronunciamos hoy; es nuestro mismo Salvador quien lo pronunció la primera vez (Mt 12, 32)"⁶.

Sobraba buena voluntad. Esta por sí sola no era capaz de transformar la atmósfera cargada de prejuicios de una y otra parte. Faltaban en Oriente y Occidente hombres entendidos y dispuestos a dialogar. Los escasos contactos se convertían pronto en ocasiones de ásperas controversias, de tono no siempre digno ni cristiano. Un ejemplo de ello es el folleto del griego J. Marcoran, en el que se jacta de que la carta patriarcal "*ha conmovido tanto a la pandilla vaticana que desde hace cinco años prepara una réplica, sin conseguir todavía redactarla*"⁷. Las respuestas católicas no eran menos exquisitas en ironía. Conocemos la "*Confutazione di Antimo Patriarca scismatico costantinopolitano*". El bibliografista que hace la presentación del libro en la *Civiltà Cattolica* no repara en tratar al Patriarca de "*il signore Antimo*" y de "*valentuomo*"⁸.

Las relaciones entre católicos y protestantes no eran más halagüeñas. Y a la hora del Concilio Vaticano I se envenenaron aún más. La exhortación que en la misma circunstancia dirigió Pío IX a todos los protestantes y acatólicos fue ocasión para una nueva serie de malentendidos. Se los exhortaba a "*examinar seriamente si siguen el camino señalado por nuestro Señor Jesucristo que conduce a la vida eterna*" y "*a volver sin tardar al único redil de Jesucristo*"⁹. Las reacciones, especialmente en Alemania, no fueron nada esperanzadoras. En el Sínodo General Luterano de Ansbach un orador aludía a la invitación pontificia comentando el versículo del libro de la Sabiduría 26,4: "*No respondas al necio conforme a su necedad; no*

⁶ MANSI, D. J., *Sacrorum Conciliorum nova et amplissima collectio*, Graz, 1961, t. 40, col. 412.

⁷ *Sopra alcuni passi dell'allocuzione di Pio IX ecc. Osservazioni*, Corfu, 1854, pp. 35. Ver párrafo citado en *Civ. Catt.*, serie II, vol. VI (1854), 427. El folleto alude a la alocución del 19-XII-1853; cfr. versión italiana en *Civ. Catt.*, serie II, vol V (1854), 98-103.

⁸ Ed. Roma, 1854, pp. 182. Comentario bibliográfico en *Civ. Catt.*, serie II, VI (1854), 425.

⁹ *Iam Vos Omnes*, ASS IV, 131-135.

sea que te hagas semejante a él". Ejemplo bien significativo del clima entonces reinante ¹⁰.

No es el caso de historiar la crónica de todos los malentendidos que durante siglos ahondaron el foso que separa a los cristianos. Difíciles fueron estos primeros pasos hacia la reconciliación fraterna. ¡Tanto tiempo hacía que los hermanos ni se saludaban! Pasos difíciles, pero insalvables. A Pío IX corresponde el mérito de haberse animado a darlos.

2) *Cien años después*

Hoy el clima de las relaciones cristianas está sustancialmente cambiado. El cambio no ha sido repentino, ni sin contrariedades. Esfuerzos tesoneros y constantes se han hecho, tanto en la Iglesia Católica, como dentro de las demás Iglesias y Confesiones Cristianas.

Por lo que respecta a la Iglesia Católica, podemos contar, a partir de 1868, un largo período jalonado de pasos múltiples y positivos para la causa de la unidad cristiana. Las grandes encíclicas de León XIII y de Pío XI, e iniciativas de importancia como la creación de la Congregación para la Iglesia Oriental, y la fundación del Pontificio Instituto Oriental y del Monasterio de la Unión, son mojones fundamentales que marcan el camino recorrido. Primer fruto de estas directivas e iniciativas pontificias fue la aparición de una élite de pastores, teólogos y militantes católicos que han establecido contactos con los demás hermanos cristianos en reuniones ocasionales, privadas u oficiosas, y en círculos ecuménicos. A ello hay que agregar el trabajo de investigación realizado y disperso en numerosas monografías y ensayos, que estudian aspectos y problemas diversos relacionados con la Unidad. Su simple catalogación merecería un trabajo especial. Y no podemos omitir recordar la campaña de oración por la Unidad que lentamente ha ido ganando el favor de la masa de los fieles.

La elección de Juan XXIII y la actividad desplegada durante el primer trimestre de su pontificado, marcan el punto culminante de este largo período. Desde el primer momento, el nuevo Papa se consagró como el Pontífice de la Unidad. Las palabras que pronunció en la Capilla Sixtina, pocas horas después de aceptar su designación, fueron reveladoras de su espíritu profundamente unionista.

"Y lo mismo que a la Iglesia Occidental —dijo—, así con igual afecto abrazamos a la Iglesia Oriental, y abrimos el corazón y los brazos a todos aquellos que se hallan separados de esta Sede Apostólica... Deseamos ardientemente su retorno a la Casa del Padre Común... Los conjuramos, pues: vengan todos con

¹⁰ CECCONI, o. c., t. II/1, p. 273. Sobre diversas reacciones en medios protestantes, cfr. cap. 3, pp. 124-355.

plena y amorosa voluntad; efectúese cuanto antes, con la inspiración y ayuda de la gracia, este retorno. No entrarán a una casa extraña sino a su propia casa, la que un tiempo fue ilustrada por la insigne doctrina de sus antepasados y embellecida por sus virtudes”¹¹.

Al escuchar tales palabras de labios del reciente electo Papa pudo pensarse en una exhortación de rúbrica. Mas quienes tenían los oídos finos para las cosas de Roma captaron de inmediato que algo nuevo germinaba en el campo de la unidad cristiana. El 4 de noviembre, después del rito de coronación, el Emmo. Cardenal Tisserant, Decano del Colegio Cardenalicio, manifestaba una disposición total a seguir al Papa en la senda esbozada. *“Estrechamente unidos a Vos —le respondía—, trabajaremos para que todas las ovejas, desde la salida del sol hasta el ocaso, sean conducidas al único redil que es la Iglesia”*¹². El primer mensaje de Navidad no dejó dudas sobre las intenciones de Juan XXIII. *“Recordando las repetidas voces de nuestros predecesores... —decía—, que desde la cátedra apostólica lanzaron la invitación a la unidad, Nos permitimos —¿qué estamos diciendo?— Nos proponemos proseguir con humildad y fervor el deber al cual Nos estimulan las palabras y el ejemplo que Jesús, el Divino Buen Pastor, nos sigue dando... ”*¹³.

De la sede patriarcal de Constantinopla llegó pronto el eco a tales palabras. *“Porque nuestra Santa Sede apostólica y ecuménica y nosotros mismos personalmente rezamos sin cesar por la unión de todas las Iglesias, acogemos con alegría todos los llamamientos hechos en nombre de la paz en la Iglesia. Nuestra alegría es naturalmente más grande cuando es del antiguo centro cristiano de Roma de donde procede tal llamamiento a la unión”*¹⁴.

Así se expresó el Patriarca Atenágoras. Ciertamente que el tiempo no ha corrido en vano desde aquel 1868 hasta 1958. Un período inaugurado en tensión y rencor es coronado en paz y caridad.

No desconocemos los esfuerzos hechos en ese mismo período y en el mismo sentido dentro de las demás Iglesias y Confesiones cristianas. Ni olvidamos el Movimiento Ecuménico originado entre ellas, que lleva a los cristianos a inquirir con verdad y caridad los caminos que conducen al Unum Ovile de Cristo. Otros han documentado ampliamente todo esto.

Al cabo de casi un siglo de pasos dados hacia el reencuentro fraternal ¿qué juicio nos merecen las relaciones existentes hoy entre la Iglesia Católica y las Iglesias Orientales y el Protestantismo? Como apreciación de conjunto podríamos afirmar: una actitud nueva hacia

¹¹ *Hac Trepida Hora*, AAS 50 (1958), 839 s.

¹² AAS l. c., p. 888.

¹³ AAS 51 (1959), 10.

¹⁴ *Documentation Catholique* 56 (1959), 159-160.

la Iglesia Católica se observa en todos los medios cristianos¹⁵. Nueva es también la conducta adoptada por los católicos para con sus hermanos. ¡Quiera Dios que florezca pronto la Comunión perfecta!

II. RENOVACIÓN DE LA IGLESIA E INVITACIÓN A LA UNIDAD

1) *Nueva actitud*

Hablamos de una actitud nueva de los católicos frente a sus hermanos. ¿Acaso la Iglesia ha descuidado alguna vez la materna misión de procurar el bien espiritual de todos sus hijos y en particular el de aquellos que no moran bajo su techo? Por cierto que no. Su oración ha sido incesante y no ha dejado de acrecentar el amor que nutre por ellos. Mas no podemos negar que una nueva dimensión de ese amor se ha hecho de pronto evidente en la Iglesia. El Espíritu Santo palpita en Ella y dilata día a día las fronteras de su caridad. Su divina presencia ensancha y purifica el corazón de todos los católicos. De esa purificación ha brotado lo que llamamos *nueva actitud* del católico.

Actitud nueva, decimos, pues la postura de numerosos católicos frente a los hermanos cristianos separados ha sido con frecuencia como la del hurraño hermano del hijo de la parábola (Lc 15, 25). Lo mismo que en el relato evangélico, unos parecieran desconocer la existencia de esos hermanos. No creen haber perdido nada con la ida de ellos. La vuelta no les interesa. Como si les molestase. Sólo por condescendencia con el dolor de la Madre Iglesia se avienen a pensar en una posible reconciliación. Otros se preocupan del problema cuando se les plantea, pero están movidos de esa animosidad tan cruel que la paradoja del corazón humano reserva para los más íntimos. Parecieran deleitarse en hacer probar a sus hermanos la amargura de estar fuera de casa. El precio de la vuelta ha de ser la humillación

¹⁵ Juan XXIII constata el cambio de atmósfera, en especial en lo que va desde León XIII hasta ahora: A los párrocos de Bolonia, OR 21-II y 23-VI-1960; A los hombres de A. C., OR 27/28-VI-1960; A la Comisión De Episcopis et Dioeceseon Regimine, OR 27-VI-1961. En los discursos de S. S. se advierte el empleo de fórmulas empleadas por León XIII. El eco que provocan hoy es muy distinto que entonces. Cfr.: Ad Petri Cathedram: "*Dejad que con dulce añoranza os llamemos hermanos e hijos. Permitid que alimentemos la esperanza de vuestro retorno, que acariciamos con espíritu paternal, lleno de amor*"; AAS 51 (1959), 515; comparar con el texto de *Urbanitatis Christianae*, en ASS 27 (1894-1895), 708. Sobre las reacciones del Patriarca de Constantinopla por la creciente actividad unionista de León XIII, cfr.: *Dell'unione delle Chiese. Risposta al Patriarca Greco di Costantinopoli*, en *Civ. Catt.*, serie XVI, 4 (1895), 509-522, 655-672; 5 (1895-1896), 16-31, 166-190.

y el arrepentimiento incondicional. Ambos olvidan que la fidelidad es un don gratuito de Dios. Y, lo que es peor, están imbuidos de una santidad farisaica (Lc 18, 9) que les impide reconocer responsabilidad alguna en el alejamiento de los hermanos.

Esta actitud, forjada en un clima de polémica que ya no existe, va desapareciendo dejando lugar a otra de cuño netamente católico, abierta a todas las sugerencias del Espíritu.

Un gesto inesperado por parte del Papa, el anuncio del Concilio Vaticano II, vino a darle el espaldarazo a esta actitud. Fue como el comienzo de una era nueva en las relaciones interconfesionales. Su historia promete ser magnífica para la causa de la Unidad.

Las primeras noticias fueron un tanto confusas. Los términos Concilio y Unidad Cristiana se barajaron enseguida en todos los medios cristianos. Suscitáronse fáciles entusiasmos y pesimismo injustificados.

Un mes después del Consistorio secreto del 25 de enero de 1959, fecha del anuncio, el Boletín Oficial *Acta Apostolicae Sedis* trajo el texto íntegro del histórico discurso de Juan XXIII. Mucho se ha especulado sobre esta demora. En contra de la opinión de muchos, creemos que la relación entre el Concilio y la Unidad cristiana está formulada en el discurso del Papa con mucha más audacia de lo que permitía preveer el despacho de prensa del *Osservatore Romano* del 26 de enero. En éste se habla de "*una invitación a las Comunidades separadas a la búsqueda de la unidad*". El discurso, en cambio, dice "*renovada invitación a los fieles de las Comunidades separadas a seguirnos también ellas amablemente en esta búsqueda de unidad y gracia, a la que aspiran tantas almas desde todos los rincones de la tierra*"¹⁶. La diferencia nos parece notable.

La noticia del diario vaticano sugería un Concilio de Unión al estilo del de Florencia. Un Concilio en el que sesionarían junto católicos y ortodoxos, y tal vez protestantes. Allí se estudiarían las condiciones para reanudar la Comunión con Roma. Tal proyecto habría abortado desde un comienzo. Si, por casualidad, hubiese progresado algún paso, estaríamos hoy quizá en vísperas de la celebración de esa Asamblea. Mañana, tristemente, la consignaríamos en los anales como *histórica* por el fracaso rotundo que la habría acompañado.

El texto del discurso formula una iniciativa, de apariencias menos ambiciosa, pero en realidad más audaz. Juan XXIII, siguiendo una moción que no tememos calificar de carismática¹⁷, ha lanzado a la

¹⁶ AAS, 51 (1959), 69.

¹⁷ Cfr. afirmaciones de S. S.: Al clero de Venecia, AAS 51 (1959), 379; A los Dirigentes Diocesanos de A. C., OR 10/11-VIII-1959; Al Sínodo Romano,

misma Iglesia Católica a la búsqueda de la Unidad. ¿Qué otro significado sino puede darse a las palabras “*renovada invitación... a seguirnos también ellas amablemente en esta búsqueda de unidad y gracia*”?

2) *Via caritatis, via unitatis*

¡La Iglesia Católica en busca de la Unidad! La fórmula es ciertamente audaz, casi *male sonans*. Allí está el texto pontificio que no se deja desmentir.

¿Cuál es el sentido de esta búsqueda de Unidad a la que quiere el Papa lanzar a la Iglesia con la convocación del Concilio?

Ni por un momento querríamos detenernos a explicar que estas palabras no pueden, en absoluto, significar algo así como una especie de humilde confesión de extravío. Como si por fin la Iglesia Romana reconociese que en su larga historia también ella se apartó de Cristo. Y ahora se dispondría a asociarse a los demás cristianos, y, al paso junto con ellos, aunar esfuerzos para reencontrar la Unidad perdida.

¡No! La Iglesia de Cristo es una y única. Ella es el Cuerpo de Cristo, inseparable de El que es la Cabeza (Ef. 1, 22). Ni sombra de divorcio es posible admitir en el matrimonio místico celebrado por Cristo con la Iglesia.

Hablándoles a los estudiantes del Collegium Russicum de Roma, el Papa disipaba cualquier duda al respecto. “*A través de las vicisitudes y contrariedades, la Iglesia ha permanecido constantemente fiel a su mandato y ha proseguido su camino. Esto es motivo de verdadera alegría para todos, ancianos y jóvenes. La Iglesia está firme, pacificando y orientando. La piedra no se ha movido desde el día en que el Señor la puso sobre terreno sólido y la confirmó hasta el fin de los tiempos*”¹⁸.

Ni los pecados de sus hijos, laicos o clérigos, ni las herejías, ni los cismas, nada puede separar de Cristo-Cabeza al Cuerpo de la Iglesia. Aunque la Iglesia quisiese separarse de Cristo, no lo lograría jamás en virtud del vínculo perfecto que la une: la permanente presencia de Cristo-Esposo. “*Todos saben perfectamente que el Divino Redentor fundó de tal modo la Iglesia que será Una hasta el final de los tiempos, según aquello de Yo estaré con vosotros hasta la consumación del mundo*”. Así se expresa el Papa en la encíclica Ad

AAS 52 (1960), 183-184; A los Consejeros de las Pont. Obras Misionales, OR 11-V-1960; Consistorio semipúblico, *Acta et Documenta Concilio Oecumenico Vaticano II apparando*, series I, vol. I, p. 89; Motu Proprio *Superno Dei Nutu*, AAS 52 (1960), 433; A los párrocos de Bolonia, OR 23-VI-1960; A los peregrinos venecianos, OR 11-V-1962; Audiencia general, OR 28-IV-1962.

¹⁸ OR 5-V-1960.

Petri Cathedram. En esta carta Su Santidad explica el concepto de unidad eclesial con claridad meridiana:

"Sin duda alguna el Divino Fundador constituyó su Iglesia munida y provista de solidísima unidad. Si, por un absurdo, no lo hubiese hecho, habría realizado una cosa caduca y que repugnaría con El, al modo de casi todas las filosofías, que brotan conforme al capricho de los hombres, originándose unas de otras en el curso de los tiempos y se transforman hasta desaparecer. Que esto está en contradicción con el divino magisterio de Jesucristo, el cual es *camino, verdad y vida*, no hay quién no lo entienda. Esta unidad, Venerables Hermanos y queridos hijos, que, como dijimos, no es algo vaporoso, incierto o defectible, sino que debe ser sólido, firme y seguro, si bien falta a las demás comunidades cristianas, pueden constatarla fácilmente en la Iglesia Católica todos los que la contemplan con diligencia"¹⁹.

En la Encíclica Aeterna Dei Sapientia no es menos explícito:

"¿Acaso el Señor no afirmó que el Padre siempre lo escucha? Por tanto, creemos firmemente que la Iglesia, por la cual El oró y se inmó en la Cruz, a quien prometió que nunca le faltaría la presencia de su auxilio, siempre ha sido y permanece una, santa, católica y apostólica, tal como la hizo su Fundador"²⁰.

El pensamiento de Juan XXIII sobre la Unidad y Unicidad de la Iglesia es bien nítido. Todo católico debe poseerlo con claridad. No podría prestar peor servicio a la causa de la Unión que el de dar a entender que él también busca el camino que conduce a la verdadera Iglesia de Cristo.

¿Qué significa, entonces, esta búsqueda de Unidad y gracia? Se trata, por supuesto, de la Unidad interna de la Iglesia²¹. Se pretende "*fortalecer y vigorizar lo que sea más necesario en la trabazón de la familia católica*"²².

No es que se quiera unificar o centralizar más. Unir más la Iglesia, no significa en la mente del Papa, elaborar un instrumento jurídico más perfecto para el gobierno eclesial. Significa en primer lugar dar nuevo impulso a la caridad para que la Iglesia acreciente su mística unión con Cristo. Así lo explicaba Juan XXIII al proponer como lema del Concilio el texto de la carta a los Efesios 4, 15-16²³.

Búsqueda de unidad y gracia es, pues, crecimiento en la unidad por la caridad. Porque mientras llegue el día del Señor, cuando vendrá para tomar consigo por siempre a su Iglesia, la unión de Ella con El puede crecer en fe, esperanza y amor. Este crecimiento

¹⁹ AAS 51 (1959), 510, 512.

²⁰ AAS 53 (1961), 800.

²¹ A los párrocos de Bolonia, OR 21-II-1960; Hora Santa en la Basílica S. Pedro, OR 7-VI-1960: "*perchè la sua struttura interiore prenda novello vigore... e si faccia quell' unico ovile*".

²² A los Dirigentes Diocesanos de A. C., OR 10/11-VIII-1959.

²³ Allocución en la Basílica Vaticana al iniciar la etapa conciliar preparatoria, AAS 52 (1960), 522.

es la perfección, la consumación en la unidad que imploró Cristo al Padre para su Iglesia en la oración de la Cena, y que “*sólo puede alcanzarse por la caridad*”²⁴. De este modo, gracias al amor, la Iglesia será cada día más Una con Cristo. Este espectáculo de Unidad guiará como faro poderoso los pasos de los hermanos²⁵.

A esta búsqueda, a este crecimiento en la Unión mística con Cristo, invita el Papa en su discurso también a los demás hermanos cristianos. La purificación por la caridad los llevará a ellos también a una más profunda Unión.

Consecuencia de esta purificación recíproca será el restablecimiento de la Unidad entre todos los cristianos. La Unión más profunda con Cristo, nos impulsará más ardentemente a salir al encuentro de estos hermanos. Y no podrá menos que guiarlos a ellos hacia nosotros.

*Via caritatis, via unitatis*²⁶. A la Unidad por la caridad. Es la fórmula pregonada hace años ya por Mons. Angelo Giuseppe Roncalli al despedirse de su Delegación Apostólica en Sofía. Es la senda que muchas veces todos hemos olvidado.

“*El camino de la Unión de las varias Confesiones cristianas —decía cuando era Patriarca de Venecia— es la caridad, tan poco practicada de una y otra parte*”²⁷.

Hoy, desde la cátedra de Pedro, Juan XXIII vuelve a proclamar este secreto, poseído desde siempre en la Iglesia, pero con un énfasis totalmente nuevo.

3) *Confiteor... quia peccavi nimis*

¿Cuáles son las condiciones para salir de veras a la búsqueda de esta Unidad por la caridad?

“*Condición indispensable para el perfeccionamiento de la vida de sus hijos*” nos enseña la reciente encíclica *Poenitentiam facere*, es la penitencia. Esta es la primera condición.

Penitencia —decimos— no de la Iglesia esposa de Cristo. Ella “*se ha mantenido siempre santa e inmaculada en sí misma por la fe que la ilumina, los sacramentos que la santifican, las leyes que la gobiernan, los numerosos miembros que la embellecen con el decoro*

²⁴ *Aeterna Dei Sapientia*, l. c., p. 802.

²⁵ Homilía, AAS 51 (1959), 420: “*spettacolo incoraggiante...*”; Ad Petri Cathedram, l. c., p. 511: “*mirabile veritatis, unitatis caritatisque spectaculum; spectaculum dicimus quod ii etiam cernentes, qui ab Apostolica Sede seiuncti sunt...*”; *Celebrandi Concilii Oecumenici*, AAS 53 (1961), 242.

²⁶ OR 22/23-XII-1958; *Doc. Cath.*, 56 (1959), 200.

²⁷ ALGISI, L., *Giovanni XXIII*, Torino, 1959, p. 267; cita tomada de Avellino Esteban y Romero, A., *Juan XXIII y las Iglesias Ortodoxas*, Madrid, 1961, p. 29, nota 16.

de virtudes heroicas". Hablamos de la penitencia que deben hacer sus hijos *"olvidadizos de su vocación y elección, que afean en sí mismos la belleza espiritual y no reflejan los rasgos de Jesucristo"* ²⁸.

Esta penitencia es necesaria para el perfeccionamiento de la misma Iglesia. La unión de Ella con Cristo no podrá alcanzar la consumación si sus hijos no la practican. ¿Qué misteriosa relación es ésta?

La Iglesia es la *Una Sancta*. No obstante, los pecados de los cristianos repercuten en ella de modo misterioso. Según ese misterio, el pecado trasciende el marco individual de quien lo comete para tener una repercusión en todo el cuerpo eclesial. Y aún más. El pecado supera el momento presente y tiene resonancia en el futuro. Es el misterio de la repercusión del pecado, que enseñaba en Roma, ya en el siglo II, Hermas, el hermano del Papa Pío ²⁹.

No dudamos que la culpabilidad moral es exclusiva de quien comete el pecado. Mas en virtud de la unión mística que forjó entre nosotros el Bautismo, somos de algún modo solidarios con el pecador. Responsables, por tanto, de reparar mediante la penitencia por todos los pecados, también los ajenos.

La penitencia puede alcanzar el grado sublime del ofrecimiento de mortificaciones voluntarias por los pecados de los otros, a imitación de Cristo, y que el Papa llama *"participación redentora"* ³⁰. Pero el primer paso, sin el cual la penitencia sería quimérica, es el reconocimiento de los yerros propios y ajenos que se quieren reparar. Es la actitud que adopta siempre la comunidad cristiana cuando se reúne para profesar *Credo in Unam Sanctam...* Primero confiesa *quia peccavi nimis...*

Esta actitud penitencial nos la enseña el mismo Santo Padre, con esa humildad tan suya que lo ha caracterizado desde las primeras horas de su pontificado ³¹. A los pocos días de haber anunciado el Concilio, mientras estaba reunido con sus sacerdotes, constataba el gran pecado perpetrado contra la unidad del Cuerpo de Cristo. ¿Quién tiene la culpa? El Papa hacía entonces una confesión conmovedora: *"No haremos un proceso histórico, ni buscaremos quién tenía razón o se equivocó. Las responsabilidades se reparten. Sólo diremos: reunámonos y que se acaben las disensiones"* ³².

Juan XXIII es un padre. Es también buen historiador. Para la instrucción de los fieles recuerda con frecuencia momentos de gloria

²⁸ Oss. Rom. ed. argentina, n° 517, p. 1, col. 4.

²⁹ Visión III, X-XIII; en Huber, S., *Los Padres Apostólicos*, Buenos Aires, 1949, pp. 402-404.

³⁰ *Poenitentiam Facere*, l. c., p. 2, col. 2.

³¹ Homilía en el día de la coronación, AAS 50 (1958), 887.

³² *Orbis Catholicus*, 1959, I, 341. Sobre esta afirmación de S. S., véase AVELINO ESTEBAN Y ROMERO, o. c., pp. 31-32.

del pasado. A veces cuenta los momentos tristes. Que “*el Concilio de Trento tuvo que afrontar una situación muy penosa y dolorosa*”³³. Que la Iglesia “*parecía invadida hasta las raíces de su misma constitución —in ipsam catholicæ Ecclesiæ constitutionem invadi videtur—*”³⁴, por el mal de la herejía y de la indisciplina. Estas cosas las narra para que las lloremos, y borrarlas, si fuere posible, con las lágrimas.

Al historiar la Reforma no hemos de caer en la ingenuidad de “*exagerar demasiado los defectos de los católicos —advierte una instrucción del Santo Oficio— y de disimular las culpas de los reformadores, hasta el punto de recalcar más bien lo accidental, de modo que lo esencial, a saber, la defección de la fe católica, apenas si se vislumbra*”³⁵. Pero tampoco podemos desconocer las responsabilidades.

Pesemos un momento la gravedad de esto que llamamos *accidental*. ¡Tiene tanta gravitación lo accidental en las grandes hecatombes!...

¿Aquel día en que nuestros hermanos se hallaron débiles en su fe (Rom. 14, 1 s.), no fueron acaso nuestras miserias las que presionaron para que ellos se marcharan de casa? Miserias accidentales en la Iglesia, pero reales en cada uno de sus miembros.

¿Hicieron bien, entonces? ¿Tuvieron ellos la razón? Un hijo nunca tiene razón en marcharse de casa. Nuestros hermanos tampoco la tendrán jamás, por más que buceen argumentos. Todo esto no excusa nuestra culpabilidad.

Una carta del Episcopado holandés, en ocasión del Congreso Ecu­ménico de Amsterdam en 1948, expresaba estas mismas ideas. La revista Periódica de la Universidad Gregoriana, recalca­ba la importancia del documento, publicándolo contra su costumbre en la sección de Actas pontificias. Dice así:

“La vida de muchos católicos indignos del nombre cristiano, favoreció anti­guamente la separación de la Iglesia... Los católicos al defender la unidad cató­lica no se dejaron guiar siempre por la caridad, olvidaron las palabras del Apóstol *veritatem facientes in caritate*; no son por tanto inocentes de la separación surgida entre nosotros y los cristianos no católicos...”

“Los miembros de la Iglesia son y permanecen hombres. Y puede suceder que en ellos aparezcan cosas humanas, a veces muy humanas. Estas cosas huma­nas, muy humanas a veces, pueden ser fuente de escándalo e incluso causa de que muchos no puedan discernir la verdadera Iglesia. Por ello que en estos momentos tenemos una grave responsabilidad de conciencia”³⁶.

³³ Audiencia después de los ejercicios espirituales en el Vaticano, OR 4-XII-1960.

³⁴ A las Comisiones Preparatorias, AAS 52 (1960), 1006.

³⁵ *Monitum Ecclesiæ Catholice*, AAS 42 (1950), 144.

³⁶ *Epistola Pastoralis Episcopatus Neerlandici de Congressu Oecumenico Amstelodanensi*, en *Periodica*, 37 (1948), 388-389. Se adopta allí la expresión de la

Nuestras responsabilidades no son menores en lo tocante al cisma de Oriente. Su Emcia. el Cardenal Roncalli, en la Semana de Oración y Estudio por el Oriente Cristiano, celebrada en Palermo en setiembre de 1957, expresaba: "*Nosotros estamos delante de una estadística desoladora que es inútil repetir. ¿Es toda la responsabilidad de nuestros hermanos separados? En parte es de ellos, pero en gran parte también es nuestra*"³⁷.

Una carta al Delegado Apostólico en Turquía nos hace ver todo el dolor del futuro Pontífice por las culpas de los latinos en el Cisma de Oriente, pasadas y presentes: "*Pienso con tristeza en los resultados cada vez más débiles del movimiento por la Unión en Oriente. Y sin embargo nuestro deber es insistir en ello siempre, aun contra toda esperanza. Todos somos un poco culpables. Y nosotros los latinos, quiero decir los latinos en Oriente, hemos tenido y tenemos nuestra parte de responsabilidad*"³⁸.

Debemos llorar estas responsabilidades, estas cosas que llamamos *accidentales* y son paradójicamente tan esenciales. Debemos llorarlas como las lloraba hace siglos el santo Papa Adriano VI³⁹. Como las llora hoy Juan XXIII.

4) *Spes dulcissima*

El llanto que nos enseña el Papa es un llanto cristiano, lleno de esperanza. Es el llanto que brota irrefrenable al contemplar las lágrimas que derrama la Iglesia por ese drama que vive de continuo, tan lleno de lirismo y de tragedia: el drama de su unión desgarrada.

Por suerte la catástrofe ha pasado, hace ya mucho. Cristo su Esposo no la ha abandonado y muchos hijos la rodean con cariño. Algunos son pequeños, viven contentos, sin saber de las penas de familia. Mas la Iglesia es Madre, no se olvida. Mientras sonríe y cuida a los hijos que están en derredor, una disimulada tristeza atormenta su corazón. Ella cuenta y recuenta cada día sus hijos. Repara con dolor que muchos, incluso algunos de los mejores, no están más en casa. ¡Cómo tardan en volver! Los hijos mayores pueden escrutar la mirada de esa Madre. Una lágrima asoma a sus ojos. Una lágrima que mal puede refrenar y que tanto desconcierta a los hijos pequeños. A través de ella los mayores sienten un reproche materno, como si le dijese mudamente a cada uno: "Tu hermano

enc. Mit Brennender Sorge: "*das Menschlich-Allzumenschliche*", "*elemento umano, talvolta troppo umano*", AAS 29 (1937), 152, 175.

³⁷ *Unitas*, marzo-abril 1960, pp. 41-42; cita de AVELINO ESTEBAN Y ROMERO, o. c., p. 31, nota 17.

³⁸ ALGISI, L., o. c., cita en A. E. y Romero, o. c., nota 18.

³⁹ PASTOR, L., *Historia de los Papas*, Barcelona, 1911, t. IV, vol. IX, pp. 107-109; véase la instrucción al nuncio Chierigati sobre las culpas de los eclesiásticos.

está afuera. Tú también tienes la culpa de que no vuelva. ¿Qué esperas?"⁴⁰.

Para el católico no puede haber alegría perfecta mientras haya un solo hermano que no esté en la Casa Común. Mientras falte uno solo, si se permite la expresión, la Iglesia será menos Iglesia. No es que falte nada a su Unidad esencial; pero faltará sí aquella voz, aquel rasgo personal que sólo el hijo ausente puede aportar. ¿Qué hacer entonces?

Un denso pesimismo se halla difundido entre los cristianos, católicos y no, con respecto a la posibilidad de una reconciliación fraterna.

"No hay que minimizar —dice el Papa— las dificultades que se oponen a la realización de la Unidad de la Iglesia, pues será extremadamente difícil hacer que vuelva la armonía y el espíritu de conciliación entre las iglesias diversas"⁴¹.

Pero muy otra es la disposición interior con que los cristianos han de enfrentar el problema.

Es cierto que el Concilio "*no podrá suprimir de golpe todas las divisiones existentes entre cristianos. Pero está la gracia de Dios que actúa en las almas. Todos debemos aumentar la esperanza en Dios y en las gracias abundantes que ciertamente El concederá*"⁴².

Toda la conducta de Su Santidad frente a la urgencia de la reconciliación cristiana refleja una fe total, una esperanza cierta. Como la que Jesús nos enseñó en el Evangelio cuando dijo: "Cualquier cosa que pidieréis en la oración, creed que ya la habéis recibido, y la recibiréis" (Mc 11, 24).

El fundamento más seguro de esta fe es la oración de Cristo al Padre: "Que todos sean Uno, como tú Padre en mí y yo en ti; que ellos sean Uno en nosotros" (Jn 17, 21). El dolor presente se mitiga así con la *dulcísima esperanza* del futuro.

"Esta oración de Jesucristo, que ciertamente fue aceptada y escuchada pro sua reverentia... , alienta y confirma en Nos la *dulcísima esperanza* —*spem dulcissiman*— de que finalmente todas las ovejas que no están en este redil, ansiarán volver a él"⁴³.

Fe y esperanza en el poder unificador del Espíritu Santo. Esta es la primera tarea que se impone al católico. Junto con el Papa preguntemos desde ya eso que él definió como "algo muy dulce y misterioso que la Providencia Nos reserva para días mejores"⁴⁴.

⁴⁰ *Praeclara Gratulationis*, ASS 26 (1893-1894), 705. León XIII explica este dolor de la Iglesia: "*Quamquam ad plenum solidumque solatium, multum sane defuit*".

⁴¹ Nota 32.

⁴² A los estudiantes de Asia y Africa, OR 8-IV-1959.

⁴³ *Ad Petri Cathedram*, AAS 51 (1959), 511.

⁴⁴ AAS 52 (1960), 520. Sobre el tema de la actitud cristiana, remito a mi

5) *Adoperarci tutti per convincere*

Juan XXIII no nos enseña solamente a llorar o a esperar de brazos cruzados. Nos enseña sobretodo a actuar. El llanto por el pasado y por la triste situación presente es un llanto de desahogo, llena el alma de esperanza y la impulsa a la acción. De lo contrario no tendría sentido.

A la pregunta de si “volverán aquellos hermanos cristianos que no están con nosotros”, el Papa respondía en una audiencia: “*Todos manos a la obra —dobbiamo adoperarci tutti— con fe y generosidad para lograr convencer a todos y decirles: “Mirad, la Casa del Padre es una sola”* ⁴⁵.

Convincere. ¡Convencer a los hermanos! ¡Convencerlos que vuelvan a casa! Esta es la segunda tarea a la que deben entregarse todos los católicos.

Convincere no quiere decir, en la mente del Pontífice, polémica agria o proselitismo simplón. Nada sería más opuesto a su pensamiento. “*Si, como algunos afirman, hubiese que comenzar con discusiones y polémicas, no se llegaría a ninguna conclusión*” ⁴⁶. “*Si escuchásemos primero voces y propuestas de afuera y nos pusiéramos a discutir, otros se interpondrían en nuestro camino, con la resultante de complicados enredos*” ⁴⁷.

Esta tarea de convicción quiere ser más bien una respuesta a la obra maravillosa de unidad que el Espíritu está suscitando en todos los cristianos.

La Iglesia ha advertido que “*muchos hombres de buena voluntad, movidos por el Espíritu Santo —non sine quodam Sancti Spiritus instinctu— realizan “en diferentes regiones del mundo, esfuerzos denodados por restaurar la unidad visible entre los cristianos*” ⁴⁸. Incluso “*han celebrado diversos Congresos y constituido un Consejo para estrechar vínculos*” ⁴⁹. Es el llamado Movimiento Ecu­ménico. La Iglesia Madre reconoce en él y en su cristalización, que es el Consejo Mundial de Iglesias, una obra del Espíritu. Mediante este movimiento El guía los pasos de nuestros hermanos hacia la Iglesia.

Todo esto ha despertado en Ella un ansia vivísima de salirles al encuentro a estos hijos suyos, y llevar a cabo, si es preciso “*un laborioso trabajo por eliminar cualquier cosa que humanamente podría*

ensayo “*Actitud cristiana ante el Concilio*”, en *Estudios*, junio 1962, nº 534, pp. 257-262.

⁴⁵ Audiencia en Castelgandolfo, OR 15-IX-1960.

⁴⁶ A los Dirigentes Nacionales de A. C., OR 15/16-II-1960.

⁴⁷ A los párrocos de Bolonia, OR 21-II-1960.

⁴⁸ *Aeterna Dei Sapientia*, AAS 53 (1961), 800; Cfr. *Monitum Ecclesiae Catholicae*, AAS 42 (1950), 142: “*afflante quidem Spiritus Sancti gratia*”.

⁴⁹ *Ad Petri Cathedram*, AAS 51 (1959), 511.

obstaculizar el camino libre"⁵⁰ del retorno. Este esfuerzo el Santo Padre se ha propuesto realizarlo a fondo, mediante la celebración de un Concilio Ecu­ménico. No nos cabe duda que también esto es una moción del Espíritu. "...*Divinum audivimus incitamentum ineundi Concilium Oecumenicum*"⁵¹.

El Movimiento Ecu­ménico encuentra así su eco natural, su complemento y coronación en el Concilio Ecu­ménico⁵². Ambas realidades son como dos momentos del misterio que el Espíritu realiza continuamente: la plasmación del Cuerpo Místico de Cristo.

Ecumenical Council! Coincidencia curiosa en la moderna *koiné* que designa por igual estos dos momentos: el Concilio Ecu­ménico de la Iglesia y el Consejo Mundial de las Iglesias.

6) *Suave Invitamentum*

Convencer a los hermanos del entrañable amor que se les tiene en casa. No será una empresa a realizar con palabras. *Non verbo neque lingua sed opere et veritate* (1 Jn 3, 18).

El Santo Padre ha hablado de un "*trabajo laborioso*" a realizar primero dentro de la misma Iglesia. El pensamiento completo, tal como lo expresó en una Audiencia a los dirigentes diocesanos de la Acción Católica Italiana, es éste:

"Con la gracia de Dios celebraremos el Concilio. Pretendemos prepararlo teniendo presente lo que más necesita ser fortalecido y revigorizado en la trabazón de la familia católica, en conformidad con el diseño de Nuestro Señor. Después, cuando hayamos realizado este laborioso esfuerzo, eliminando lo que humanamente podría obstaculizar el camino libre, presentaremos la Iglesia en todo su esplendor, sine macula et sine ruga, y les diremos a todos los que se han separado de nosotros, ortodoxos y protestantes, etc.: Mirad, hermanos, ésta es la Iglesia de Cristo. Nosotros nos hemos esforzado por serle fieles y hemos pedido al Señor la gracia que Ella permanezca siempre como El la quiso"⁵³.

Este esquema de trabajar por la Unidad en dos etapas, es propio del pensamiento de Juan XXIII. Lo ha repetido a la Junta Central de la Acción Católica⁵⁴, a los Párrocos de Bolonia⁵⁵, y mientras presidía una sesión de la Comisión De Episcopis et de Dioeceseon Regimine⁵⁶.

⁵⁰ A los Dirigentes Diocesanos de A. C., OR 10/11-VIII-1959.

⁵¹ Al Sínodo Romano, AAS 52 (1960), 183.

⁵² Sobre esta idea del Concilio Ecu­ménico como respuesta al Movimiento Ecu­ménico, cfr. *Ad Petri Cathedram*, AAS 51 (1959), 511: "*Esta suavísima esperanza Nos enardeció vehementemente y Nos llevó a anunciar públicamente el propósito de convocar un Concilio Ecu­ménico*".

⁵³ A los Dirigentes Diocesanos de A. C., OR 10/11-VIII-1959.

⁵⁴ OR 15/16-II-1960: "*Dopo, se i fratelli che si sono separati...*".

⁵⁵ OR 21-II-1960: "*Una volta che avremo stabilito...*".

⁵⁶ OR 27-IV-1961: "*Solamente dopo che ciò si sarà ottenuto..., sarà agevole... rinnovare pratici propositi per facilitare i ritorni*".

La primera etapa consistirá en la renovación de la Iglesia, la segunda en la invitación expresa a los hermanos separados a reintegrarse en la Unidad.

Sería aventurado pronosticar cómo se llevará a cabo esta segunda etapa. Del pensamiento del Papa surgen con claridad las características de la primera.

La renovación de la Iglesia ha de ser un redescubrimiento de la imagen original de la misma ⁵⁷. La marcha de los siglos puede haber cubierto su rostro visible de sudor y de polvo. Un alto en el camino le devolverá su primitiva hermosura. El Concilio se propone precisamente que *“la Santa Iglesia vuelva a ser aquí sobre la tierra —in modo da riportare la Santa Chiesa qui sulla terra— como en verdad Jesucristo la concibió y quiso, con sus cualidades fundamentales de unidad, santidad, catolicidad, apostolicidad”* ⁵⁸

Los documentos oficiales que explican la naturaleza y finalidad del Concilio, vuelven con insistencia sobre esta idea de renovación. La voluntad del Divino Fundador y la experiencia cristiana del primer siglo apostólico, deben inspirar esta reforma.

En la reciente exhortación apostólica *Sacrae Laudis* se afirma que el propósito del Concilio es *“devolver el esplendor al rostro de la Iglesia, siguiendo las huellas de su juventud más ardiente”* ⁵⁹. La alocución pronunciada en la Basílica de San Pedro en vísperas de iniciar la etapa preparatoria conciliar, es a este respecto el documento más esclarecedor.

“La obra del nuevo Concilio Ecuménico está en verdad orientada toda ella a devolver —*a ridare*— el esplendor al rostro de la Iglesia de Jesús conforme a los rasgos más simples y puros de su nacimiento, y poder presentarla así como la hizo su Divino Fundador sine macula et sine ruga. Su viaje a través de los siglos dista todavía mucho de alcanzar el momento que la transformará en la triunfante eternidad. Por ello, el nobilísimo propósito del Concilio Ecuménico, cuya preparación hoy se inicia, por cuyo éxito se eleva la oración en toda la tierra, es detenerse un instante junto a Ella, estudiando con amor para descubrir los rasgos de su juventud más ardiente y adornarlos de modo tal que ejerzan una fuerza fascinadora sobre los espíritus modernos” ⁶⁰.

Sería muy interesante estudiar todo el lenguaje reformista de Su Santidad. Desde la sencilla expresión *novello vigore*, hasta la más solemne *restauratio et renovatio Universalis Ecclesiae*, se descubre en él una gama infinita de matices. *Risveglio, rigoglio, rinnovamento, incremento, aggiornamento, slancio, fioritura, renouvellement, ripre-*

⁵⁷ Sobre esta noción de Reforma remito a la conclusión de mi ensayo *“Vaticano II: Un Concilio para los tiempos nuevos”*, en *Criterio*, n° 1404, p. 367; y *“Vaticano II: Para una reforma en la Iglesia”*, ib. n° 1405, pp. 413-415.

⁵⁸ Después de la estación cuaresmal en Santa Sabina, OR 10-III-1962.

⁵⁹ AAS 54 (1962), 73.

⁶⁰ AAS 51 (1960), 960.

sa, rinvigorigimento, impostazione, eccitamento, adeguamento, riforma, ringiovanimento, rifiorimento, revisione, rinascita, rinnovo. Merecerían destacarse, además, todas las expresiones en que habla de “*fedeltà al testamento del Signore*”.

Juan XXIII, que ha aceptado “*la misión que se le ofrecía de ser heraldo del Concilio Vaticano II*”⁶¹, tiene conciencia de lo titánico de la empresa. Como él ha dicho, “*il Concilio supone molto coraggio*”⁶². La obra de renovación proyectada, piensa él llevarla adelante sin retaceos de cálculos o conveniencias humanas. El único móvil es “*el bonum animarum*” y el ansia de que su pontificado “*responda con nitidez y definición a las necesidades espirituales de la hora presente*”⁶³. El modelo que la inspira es el diseño original de la Iglesia, trazado por Jesús en el Evangelio.

La renovación de la Iglesia deberá caracterizarse por el espíritu evangélico. La legislación canónica, la liturgia, las instituciones, el modo de vida de los eclesiásticos, todo deberá ser tan conforme al Evangelio que sea como un reflejo del misterio de Cristo. La Iglesia que encarna a Cristo en el mundo debe proyectar sobre él todo el misterio cristiano. Este es un misterio de anonadamiento y de gloria, como la Encarnación. La gloria de Cristo resucitado traslucida a través de la liturgia, tiene que ser precedida por el anonadamiento de Cristo mortal, que nace en Belén y muere en la Cruz, reflejado a través de toda la vida eclesiástica. Lo que el Apóstol decía de la predicación, vale también de la vida de la Iglesia. Todas sus demostraciones deben anunciar a Cristo crucificado (1 Co 1, 23-25; 2, 2).

Esta renovación total de la Iglesia, conforme al misterio de Jesús, es lo que el Papa ha llamado *SUAVE INVITAMENTUM*, delicada invitación. La visión de la Iglesia así renovada atraerá irresistiblemente las miradas y los pasos de aquellos que la buscan ansiosos.

“Esta suavísima esperanza Nos conmovió vehementemente y Nos llevó a enunciar en público el propósito de convocar un Concilio Ecuménico. A él concurrirán los obispos de todo el mundo para tratar asuntos importantes, con vistas al incremento de la fe católica (*incrementum*), la renovación de las costumbres del pueblo cristiano (*renovatio*), y la adaptación de la disciplina eclesiástica a las necesidades de nuestros tiempos (*aptius accommodetur*).

“Será en verdad un espectáculo admirable de verdad, unidad y caridad. Espectáculo que, al contemplarlo los que están separados de esta Sede Apostólica, confiamos nos invitará suavemente —*suave, ut confidimus, invitamentum accipient*— a buscar y alcanzar la unidad que Jesucristo pidió al Padre con ardiente plegaria”⁶⁴.

⁶¹ En la promulgación de las Actas del Sínodo Romano, AAS 52 (1960), 978.

⁶² En la VI Sesión de la Comisión Central Preparatoria, OR 13-V-1962.

⁶³ Discurso anunciando el Concilio, AAS 51 (1959), 65.

⁶⁴ *Ad Petri Cathedram*, AAS 51 (1959), 511. Otras expresiones semejantes: *nuovo e valido richiamo*, A la Comisión Antepreparatoria, OR 4-VII-1959; *invi-*

Nuevo estilo de invitación. Las buenas maneras de la diplomacia cedieron el lugar al lenguaje directo de la caridad.

Sin duda será ésta una invitación suave, dulce, convincente.

Llega ya el momento de formular la invitación. Para ello la renovación tendrá que ser valiente. Como decía un comunicado de la III Sesión de la Comisión Central Preparatoria, se deberá “quitar de en medio todos los obstáculos e incompreensiones posibles, sin renunciar por supuesto a nada de lo esencial”⁶⁵.

“No era ya posible —afirma el Cardenal Alfrink, miembro de la Comisión Central— continuar siempre invitándoles a dar ellos el primer paso, a pesar del foso que nos separa, ni exigirles una aceptación pura y simple de nuestros puntos de vista, de nuestras maneras de acción y de legislar. Los problemas son más complejos. Será necesario un gran rigor en mantener lo que es esencial, y una gran flexibilidad para lo accesorio”⁶⁶.

La expectativa que ha suscitado entre nuestros hermanos la iniciativa del Papa, ha sido insospechada. Su Santidad ha llamado la atención sobre esta reacción tan significativa⁶⁷. Es la prueba palpable para que el católico, de que el Espíritu actúa poderosamente en nuestros hermanos. Nos toca ahora a nosotros no defraudarlos.

III. ORIENTE Y OCCIDENTE

1) *Unidad y catolicidad*

Suave, callada invitación a volver a casa. Y para ello renovarla toda entera. Es la expresión más exquisita del amor de la Iglesia.

¿Qué normas han de guiar esta renovación de la Iglesia? ¿Qué aspectos urge refaccionar en esta Casa?

Todas las reformas en la Iglesia han de responder a las leyes íntimas de su propio ser: unidad, santidad, catolicidad, apostolicidad. Son los rasgos con que la embelleció Cristo. De todos ellos la Unidad

tamentum atque incitamentum salutiferum, Grata recordatio, ASS 51 (1959), 678; *pressante invitation*, Al Card. Alfrink, AAS 52 (1960), 481. La encíclica *Aeterna Dei Sapientia* afirma que el objeto de la convocación del Concilio fue esta invitación silenciosa a los hermanos separados mediante una renovación de la Iglesia; AAS 53 (1961), 799.

⁶⁵ OR 20-I-1962. El Informativo n° 92 (16-VI-1962) del Servizio Stampa de la Secretaría General de la Pont. Comisión Central Preparatoria, habla de “*necesidad de intentar todos los medios, los sobrenaturales y los humanos, para reconducir al único redil... a los que se han alejado... Los medios humanos pueden ser diversos: teológicos, jurídicos, disciplinarios, psicológicos y prácticos*”.

⁶⁶ *Irénikon*, 32 (1959), 201).

⁶⁷ Alocución en San Pedro, AAS 52 (1960), 520, 524; A los hombres de A. C., OR 27/28-VI-1960; A la Comisión Preparatoria, AAS 52 (1960), 1009; Audiencia General, OR 9/10-I-1961; A los Obispos alemanes, Civ. Catt. 112, II

es el compendio y la garantía de los demás. Lo mismo que en el matrimonio. Por tanto, un acrecentamiento y purificación de la Unidad, rejuvenecerá todas las demás perfecciones de la Iglesia. Será más santa. La santidad es la floración de la Unidad que místicamente la une a Cristo. Será más católica, más universal. Y no sólo por su extensión geográfica. Sobre todo por su múltiple y variada expresión del amor. Pues cuanto más unida a la persona amada está el amante, tanto más multiplica las muestras de su amor. Será más apostólica, más adherida al fundamento de los apóstoles y profetas (Ef 2, 20), sobre el que Cristo la edificó.

Al hablar de purificación de la Unidad, no podemos contentarnos con pensar en un crecimiento místico de la misma, gracias a las oraciones de los fieles, sin ninguna repercusión en el plano físico-visible de la vida de la Iglesia.

El pensamiento penitencial cristiano es claro: "*Producir frutos dignos de penitencia*" (Mt 3, 8). La conversión interior del individuo ha de reflejarse en expresiones exteriores en consonancia. En el caso comunitario sucede lo mismo. Para que pueda hablarse de reforma sincera y real, el plano físico-visible de la conducta humana de la Iglesia, ha de adecuarse al plano místico-invisible en que actúa el Espíritu. Se caería, de lo contrario, en una especie de concepción nestoriana de Iglesia, que establecería una dicotomía entre las dos realidades. O bien en una concepción monofisita que negaría la realidad física-visible.

El instrumento que el Espíritu utiliza en este momento para replasmar la "*hipóstasis*" de los dos planos, es el Concilio. De él han de salir las reformas concretas humanas que adecúen la forma visible de la Iglesia a su forma espiritual.

¿Cuál sería la reforma que urge?

De lo dicho se desprende que el Concilio ha de procurar una purificación de la Unidad de la Iglesia.

No se trata tanto de una purificación de la noción, cuanto de la vivencia de la Unidad.

Un hombre que, por equis circunstancias psicológicas, sociológicas, históricas, etc., vive encerrado en un determinado marco, corre el peligro de identificar la esencia de las cosas con las concreciones que conoce de ellas. Es lo que le puede pasar al católico común. Su marco de existencia, de educación, de geografía, puede llevarlo a identificar la esencia de la Iglesia, con la única expresión que conoce

(1961), 522; Carta Apostolica *Le Voci*, AAS 53 (1961), 210; Audiencia al Comité Directivo de la Unión Int. de Prensa Católica, Civ. Catt., 112, II (1961), 418; Al inaugurar la I Sesión de la Comisión Central Preparatoria, AAS 53 (1961), 496; Idem II Sesión, AAS ib. 729; En Santa Sabina, OR 10-III-1962; Carta al pueblo romano, OR 12-IV-1962; A los peregrinos venecianos, OR 11-V-1962.

de Ella. Todo lo que no se amolde a su experiencia le parecerá herético.

La identificación no se realiza en el plano conceptual, sino en el emocional. Será por ello difícil hallar un católico medianamente instruido que admita intelectualmente esta identificación de esencia y realidad concreta de la Iglesia. Podríamos, en cambio, hallar legiones de católicos, incluso teólogos y canonistas, víctimas de estrechez emocional. Algunos, más bien entre la masa de fieles, conciben la Iglesia con moldes muy locales. La Iglesia sería "veneciana, milanese, galicana, griega, eslava..."⁶⁸. Esto va siendo superado. El Santo Padre se felicitaba en un discurso del gran progreso realizado en la mentalidad de los católicos en la línea de la verdadera catolicidad. Después de comentar la universalidad de la Comisión Preparatoria Conciliar, compuesta por personalidades "de todas las regiones y de todas las lenguas" hace notar:

"Este es un principio arraigado en el alma de todo fiel que pertenece a la Santa Iglesia Romana; a saber, que él es y puede considerarse de verdad, en cuanto católico, ciudadano de todo el mundo, pues en el mundo entero es adorado el Salvador: Salvator mundi. Este es un buen ejercicio de verdadera catolicidad. De ello deben darse cuenta los católicos y hacerse como una máxima que ilumine la propia mentalidad y oriente la propia conducta en las relaciones religiosas y sociales"⁶⁹.

¡Mas todavía queda mucho por avanzar!

Junto a los prejuicios locales están los prejuicios de bloques. De los primeros hemos dicho con satisfacción que se van superando ampliamente. Los segundos están todavía muy arraigados.

Prejuicio de bloque en la Iglesia sería la identificación que muchos hacen entre ésta y el Occidente. Las formas culturales que florecieron en el Occidente durante dos mil años y sirvieron a la Iglesia para su misión, se consubstancializan en muchas mentalidades con las notas esenciales de la misma. A las cuatro notas distintivas agregan, sin saberlo, emocionalmente, una quinta: una, santa, católica, apostólica y occidental.

Entre los mejores espíritus católicos se halla un desconocimiento craso de otras formas existentes de catolicismo. Y la posibilidad de fomentar formas nuevas, distintas de la latina, para los pueblos de milenaria cultura que abrazasen la fe católica, es rechazada poco menos que como herética.

2) *Latinos y católicos orientales*

Dejemos de lado el problema misional. Cifémonos al Oriente Católico. Esta forma de catolicismo no entra comúnmente en los

⁶⁸ A los peregrinos venecianos, OR 16/17-V-1959.

⁶⁹ AAS 52 (1960), 520.

esquemas del católico occidental. No sabe que con ello su catolicismo se parcializa. Y entre los pocos que conocen el Oriente Católico, no es raro encontrar una especie de condescendencia paternalista. Ellos creen que la Iglesia tolera a los católicos orientales. Como Madre que es, querría evitar a toda costa que estos hijos reincidiesen en el cisma. Por ello disimularía las extravagancias de estos fogosos hijos.

Este problema de las relaciones de los católicos occidentales y orientales ha llegado por momentos a dolorosos entredichos. El Cardenal Tardini —escribiendo en nombre del Santo Padre— recuerda uno de esos momentos álgidos. Fue en tiempo de León XIII. “*Intrépido y eficaz defensor contra algunas tendencias que confundían la extensión de la catolicidad con la difusión de los ritos latinos*”. Así lo califica la carta ⁷⁰.

Es oportuno el recuerdo de la actividad unionista de ese gran Pontífice. En su Carta Encíclica Praeclara Gratulationis, León XIII afirmaba con énfasis el respeto de la Santa Sede por los derechos patriarcales. “*No hay motivos para que dudéis —afirmaba dirigiéndose a los obispos separados— que Nos o Nuestros sucesores restaremos algo de vuestros derechos, de los privilegios patriarcales, de los ritos o de la costumbres de alguna Iglesia*” ⁷¹. La afirmación no era gratuita. Años atrás, una situación peculiar de los Patriarcados católicos, armenio y caldeo, había inducido a Pío IX a dictar la Bula *Reversurus* ⁷² y la Constitución *Cum Ecclesiastica Disciplina* ⁷³. Los orientales creyeron ver en estos documentos la abolición de los derechos patriarcales. La suspicacia y el temor no abandonaron desde entonces el ánimo de los orientales, católicos y ortodoxos. La conducta de algunos misioneros latinos vino a dar pábulo a esas suposiciones. León XIII tuvo que corregir toda esa situación de tensiones y malentendidos domésticos. Lo hizo con serenidad y firmeza. Extendió a todo el Oriente la antigua Constitución *Demandatam Caelitus* de Benedicto XIV ⁷⁴. Firmó además dos documentos memorables: la Constitución *Orientalium Dignitas* y el Motu Proprio *Auspicia Rerum*. El tono es recio:

“En cuanto toca a la prudencia de esta Sede Apostólica, lo pondremos todo en acción para alejar las causas de discordia o desconfianza, y promover los mejores medios para la reconciliación” (*Orientalium Dignitas*) ⁷⁵.

“Los Delegados Apostólicos recuerden su deber de vigilar, proveer e insistir

⁷⁰ Carta al Card. Ruffini, con ocasión de la VIIIª Semana del Oriente Cristiano, OR 13-VIII-1961.

⁷¹ ASS 26 (1893-1894), 709.

⁷² *Acta et Decreta Sacrorum Conciliorum recentiorum*, Collectio Lacensis, Friburgi, 1876, t. II, 568-573.

⁷³ *Ib.*, 574-576.

⁷⁴ *Benedicti XIV Bullarium*, Prati, 1845, t. I, pp. 328-334.

⁷⁵ ASS 27 (1894-1895), 258. En su visita a la Congregación para la Iglesia

para que la Constitución Orientalium sea observada íntegramente por todos aquellos a quienes se refiere. Póngase especial cuidado en que las Congregaciones religiosas latinas, que trabajan muchísimo en tantas regiones por la difusión del Evangelio, no den motivos de queja. Importa mucho a la causa católica que desaparezca la opinión que tienen hasta hoy numerosos orientales de que los latinos querrían abolir o disminuir sus derechos, sus privilegios y sus ritos" (*Auspicia Rerum*)⁷⁶.

La nueva Constitución, además de renovar contra los misioneros latinizantes la suspensión ipso facto decretada por Benedicto XIV, sanciona contra los mismos la privación y exclusión del cargo.

La voluntad férrea del Pontífice surtió su efecto. Desde entonces una noción más clara comenzó a tenerse en Occidente de los católicos orientales. Valoramos mejor el beneficio de la fe que ellos un día nos trasmitieron. En agradecimiento, más de un clérigo latino, eminente en ciencia y celo apostólico, se halla hoy consagrado al servicio de esos hermanos.

Pero las incomprensiones tardan todavía en desaparecer. Pío XI tuvo que perseguir durante su pontificado los brotes de latinismo que aún hoy subsisten⁷⁷.

"Nosotros los latinos, quiero decir los latinos en Oriente, hemos tenido y tenemos nuestra parte de responsabilidad". Esta era la queja del Cardenal Roncalli, El "tenemos" habla de un presente todavía no superado. Basta hojear alguna revista católica oriental para tomar conciencia de las descortesías que a diario cometemos los latinos⁷⁸.

Su Beatitud Máximo IV, Patriarca de Antioquía y de todo el Oriente Católico y Miembro de la Comisión Central Preparatoria, nos ha expresado con dolor la necesidad de transformar urgentemente nuestra mentalidad. "Habrá que empezar por convertir el Occidente

Oriental, Juan XXIII ponderaba la importancia de este documento; OR 16/17-VI-1961.

⁷⁶ ASS 28 (1895-1896), 589.

⁷⁷ La encíclica Rerum Orientalium habla de "*Disputas —disceptationes— de importancia, que tienen lugar en muchos lugares de Europa y América, cuando se trata sobre los Orientales, estén o no en Comunión con Roma*"; AAS 20 (1928), 283. El Motu Proprio *Sancta Dei Ecclesia* lamenta los antiguos conatos de latinización: "... algunos, llevados por un exagerado amor de la unidad y concordia, no conociendo suficientemente las costumbres e índole de los Orientales, se esforzaron por destruir —corrumpere— sus sagrados ritos, o por convertirlos —redigere— a los ritos latinos"; AAS 30 (1938), 154.

⁷⁸ Un Comunicado del Patriarcado Greco-Melquita Católico (Registro 13, N° 461) documenta una de estas incomprensiones esporádicas, lamentablemente periódicas, entre latinos y orientales católicos: "*En el curso de los meses de noviembre y diciembre ppdo., a algunos de nuestros sacerdotes de Estados Unidos, lo mismo que a otros sacerdotes de rito bizantino en América y Europa, se les prohibió el uso de la lengua usual moderna en la celebración de la santa y divina Liturgia*"; *Bulletin de la Paroisse Grecque Catholique Saint-Julien-le-Pauvre*, París, Pentecote 1960; *Irenikon* 33 (1960), 232. La Congregación para la Iglesia Oriental (Prot. N° 134/53) dio satisfacción a esta queja.

latino al catolicismo, a la universalidad del mensaje de Cristo. Habrá que hacerles perder el gusto de querer controlar y regir todo, de reducirlo todo a su propio modo de pensar y obrar. El uniformismo nada tiene que ver con el universalismo católico" 79.

Una conferencia que S. B. pronunció en Düsseldorf el 9 de agosto de 1960⁸⁰ constituye el Libro Blanco del Oriente Católico al Occidente. Merece que se lo medite con humildad.

Los occidentales debemos purificar nuestra vivencia de la unidad. Lo lograremos insertando esta noción en el marco de la catolicidad.

Una expresión de Juan XXIII resume muy bien este pensamiento: "*La Iglesia Católica, en la refulgente variedad de sus ritos, en su multiforme acción, en su irrompible unidad. . .*" 81.

Unidad y Catolicidad, Unidad y Multiformidad, Unidad y Variedad son fórmulas equivalentes. Así entendido el concepto de Catolicidad se integra perfectamente con el de Unidad de la Iglesia. Gracias a la Catolicidad, la Unidad de la Iglesia es dinámica, multiforme en sus manifestaciones de amor a Cristo. Es una unidad Católica. Muy diferente de la monstruosa Unidad de un estado totalitario.

"Ninguna belleza —decía el Santo Padre—, es parangonable a la multiplicidad de los ritos, de lenguas, de imágenes y símbolos, de los que está tan llena la liturgia. Se expresa así de diferentes modos la unión íntima de los fieles que constituyen el Cuerpo Místico de Cristo. Esta multiplicidad afirma, en su razón más profunda y cierta, la unidad de las razas humanas, llamadas a rendir culto a Cristo" 82.

Juan XXIII, lo mismo que León XIII, al hablar de multiplicidad de ritos, no entiende sólo multiplicidad de rituales litúrgicos. "Rito", tomado en todo su significado, expresa un modo concreto de ser católico, con liturgias y tradiciones canónicas propias. El Papa lo explicaba al pueblo con estas sencillas palabras:

"Hablan lenguas distintas, elevan al Señor su oración con variedad admirable de ritos, adoptan en el ministerio pastoral formas particulares. . ." 83.

"Hablan lenguas diversas, pertenecen a distintas naciones. Se puede decir que en todas partes, en todas las latitudes, habitan creyentes en Cristo, hijos de la Iglesia. Esta es una realidad. Existe a la vez un conjunto de características propias de cada pueblo y de algunos grupos particulares, que no daña en absoluto la sustancia de la vida católica. Existe la unidad en la variedad" 84.

El Concilio de ningún modo suprimirá esta variedad. Al contrario.

79 Declaración de S. B. a Giorgio la Pira; *Irenikon* 32 (1959), 199-200; cita tomada de A. E. y Romero, o. c., pp. 50-51.

80 *Criterio*, N° 1409, 9-VIII-1962.

81 A la Comisión Antepreparatoria, OR 4-VII-1959; Al Colegio Griego, OR 17-VI-1959.

82 Alocución en San Pedro después de una liturgia bizantino-eslava, AAS 52 (1960), 960.

83 Audiencia General, OR 29-IX-1961.

84 *Idem*, OR 21/22-VIII-1961.

“Una es la fe en todas las almas y a través de todos los pueblos, aunque tengan diversidad de tradiciones, lenguas y costumbres. No se trata de ningún modo de nivelar o de exigir uniforme manifestación de actividades...”⁸⁵.

El trabajo preparatorio del Concilio ha comenzado ya a purificar la mentalidad latina. La simple proposición de los problemas ha bastado para ello. Merece destacarse el estudio presentado en la III Sesión de la Comisión Central para reconocer la jurisdicción y la dignidad de los Patriarcas Orientales⁸⁶ propuestos hasta ahora a los Cardenales. Una Comisión, durante todo el período preparatorio, ha tenido el encargo de estudiar los problemas peculiares de las Iglesias Católicas del Oriente. Los esquemas elaborados tuvieron en cuenta las características propias⁸⁷.

3) “Unità nella varietà”

“Unidad en la variedad”. Es el secreto que quiere enseñar Juan XXIII. Una Unidad uniformada —nos dice él—, llevaría escondido el germen del cisma.

“Cada uno, a justo título, ama su propia patria, sus usos, las tradiciones de su pueblo, las características de su geografía, y canta sus glorias. Todo esto es legítimo y está bien si no ofende a nadie. Pero si en cambio uno comienza a afirmar que posee más fuerza, bienes más abundantes, más razones —*la verità migliore*—, entonces comienza el proceso de ruptura y disgregación. Esto significa que el espíritu del mundo suplanta a la fe y al espíritu evangélico”⁸⁸.

Pretender uniformar absolutamente las estructuras eclesíásticas para fortificar la Unidad o salvaguardar el Dogma, sería ya romper esa Unidad y pervertir la Doctrina.

En cuanto a esto último, vale la pena una advertencia. El magisterio vivo del Colegio episcopal, presidido por el Papa, asistido por el Espíritu, tiene el carisma de mantener en su integridad el sagrado depósito de la fe. Cualquier estructura pues, de origen puramente humano, que quisiese arrogarse esa custodia, llevaría impreso el cuño de la herejía.

Y con respecto a la Unidad eclesíástica, la exagerada uniformidad de las expresiones exteriores, origina tensiones en la familia cristiana e inventa inútilmente peligros de cisma.

La manifestación esencial a la Unidad católica es el Pan de la Eucaristía. El es el símbolo y causa de nuestra Unidad. “*Aunque*

⁸⁵ Al Comité permanente de los Congresos para el Apostolado de los Laicos, OR 19/20-II-1962.

⁸⁶ OR 19-I-1962. Cfr. *Pontificie Commissioni Preparatorie del Concilio Eumenico*, Vaticano II, Tipografia Poliglotta Vaticana, 1960. En la p. 21 los Patriarcas que integran la Comisión Central son enumerados después de los Cardenales.

⁸⁷ OR 28-II-1962 y OR 14/15-V-1962.

⁸⁸ Cfr. nota 84.

somos muchos, formamos un Solo Cuerpo, porque uno es el Pan que comemos" (1 Co 10, 17).

Es la gran lección que nos legó el Papa San Aniceto, cuando el peligro del cisma ensombreció por vez primera las relaciones de Oriente y Occidente⁸⁹. Es la gran lección que vuelve a recordarnos Juan XXIII⁹⁰.

Sólo así, una vez unidos en caridad con nuestros hermanos católicos de Oriente, podremos pretender dialogar con los hermanos del Oriente separados de la Comunión con Roma.

4) *Roma y Constantinopla.*

La Providencia ha preparado el corazón de su Vicario para la empresa de acercamiento entre Roma y Constantinopla, entre la gran Iglesia de Occidente y las del Oriente. Los años pasados en Sofía y en Estambul han marcado profundamente el alma del Papa Roncalli. El Patriarcado de Venecia, tan unido por su historia y cultura al Oriente, vino a coronar esta preparación. Hoy Juan XXIII se ha puesto a la obra, con decisión, paciencia y un gran amor.

"Habrà que preparar bien todo, con gran amor y perfecto conocimiento de aquellos pueblos, teniendo en cuenta los hijos de una antiquísima tradición que ahora necesitan ser comprendidos y atraídos por pruebas de hermandad, de dulzura y de paz. El Señor intervendrá ciertamente con su gracia y nos dará grandes consolaciones, si bien otros gozarán en el futuro el fecundo resultado"⁹¹.

Las pruebas de hermandad exigen antes que nada una revisión de actitudes. Prejuicios fundamentados con frecuencia en deformaciones históricas tienen que ser barridos con decisión. Pío XI se quejaba ya de "*los prejuicios y errores crasos —dubia et errores, etiam crassiores— que cunden entre el pueblo sobre la historia y la vida*

⁸⁹ Carta de San Ireneo al Papa Víctor, que amenaza excomulgar a Policrates y demás obispos de Asia por celebrar la Pascua el 14 de Nisán. Texto conservado por Eusebio, Hist. Ecc., V, XXIV, 16-17, *Sources Chrétiennes* 41, p. 71: "*Aniceto no podía persuadir a Policarpo que no observase lo que Juan, discípulo de Nuestro Señor, y los demás apóstoles que habían vivido con El habían guardado desde siempre. Policarpo, por su parte, no persuadió a Aniceto a que cumplierse esa observancia, ya que éste argumentaba que debía seguirse la costumbre de los presbíteros antecesores suyos. Aunque la cosa quedó así, comulgaron no obstante recíprocamente, y en la iglesia Aniceto cedió a Policarpo la Eucaristía, como muestra de deferencia. Se separaron en paz. Esta fue conservada en toda la Iglesia, guardasen o no el día 14*".

⁹⁰ En la procesión de Corpus, OR ed. argentina, N° 515, refiriéndose a la Eucaristía: "*Ante la inminencia del Concilio, nada puede evocar mejor los motivos que inspiraron su convocación; nada puede hacer gustar mejor los preciosos ordenamientos y el fruto primero que de él deseamos: hacer más firme la solidez y la unión del Cuerpo Místico de Cristo como señal más visible de la primera nota característica de la Iglesia católica que es la unidad*".

⁹¹ Al Collegium Russicum, OR 5-V-1960.

religiosa del Oriente"⁹². Nuestro Santo Padre nos invita ahora nuevamente a realizar un esfuerzo de objetividad y de caridad. *Veritatem facientes in caritate*.

"Es preciso esmerarse con todas las fuerzas para superar viejas mentalidades, prejuicios y expresiones menos corteses, y promover un clima favorable al deseado retorno, y secundar fielmente la obra de la gracia. De este modo podrán abrirse para todos las puertas de la unidad de la Iglesia de Nuestro Señor Jesucristo"⁹³.

El camino será largo y difícil. Nada tiene que hacernos desesperar. Sin ceder a las fáciles ilusiones hemos de trabajar con renovado esmero.

"Debemos rechazar las ilusiones fáciles... Habrá que emplear no leve fatiga para hacer que cambien las mentalidades, las simpatías o prejuicios de todos los que tienen un pasado detrás de sí. Habrá que examinar además, en alguna medida, lo que el tiempo, las tradiciones y los usos han sobrepuesto a la realidad y a la verdad"⁹⁴.

La obra de acercamiento debe comenzar ya. Tiene que ser llevada adelante progresivamente, según los pasos señalados por el mismo Juan XXIII: "*Primero el acercamiento, luego los contactos y por último la reunión perfecta de tantos hermanos separados con la antigua Madre. In Oriente il riavvicinamento prima, il riaccostamento poi e la riunione perfetta...*"⁹⁵.

La alegría de nuestro vivir cristiano debe ser la fuente que nos impulse por este camino hacia nuestros hermanos. Impulso impregnado de sencillez, humildad y caridad⁹⁶.

⁹² A Mons. Precan, AAS 16 (1924), 327. Con respecto a los prejuicios que recíprocamente tienen apartadas a las Iglesias de Oriente y Occidente, expresaba en la enc. *Ecclesiam Dei*: "*En este asunto, conviene que los Orientales disidentes procuren conocer la verdadera vida de la Iglesia, dejando de lado los antiguos prejuicios y opiniones, y no enrostran a la Iglesia Romana las culpas de los privados, que la misma Iglesia reprueba y trata de extirpar. Lo mismo los Latinos deberán conocer más ampliamente los asuntos y las costumbres de los Orientales*"; AAS 15 (1923), 580. La enc. *Rerum Orientalium* señala a la ignorancia y prejuicios como una de las causas de la separación: "*(Los Pontífices) reconocen que muchos antiguos males y aquel deplorable cisma que separó de la Unidad a muchas comunidades florecientes, fueron consecuencia —necesario extitise— en primer lugar de la ignorancia y desprecio de los pueblos, y de los prejuicios que trajeron consigo un prolongado alejamiento espiritual*"; AAS 20 (1928), 277.

⁹³ A los Consejeros de las Pont. Obras Misionales, OR 7-V-1960.

⁹⁴ Al Capítulo General de los PP. Sacramentinos, OR 30-VI-1961.

⁹⁵ Al clero de Venecia, AAS 51 (1959), 380.

⁹⁶ Audiencia General, OR 27-X-1961: "*¡Qué alegría da el sentirse católico! Esto es una bendición tan grande, que debe animarnos naturalmente hacia aquellos que, a través de los siglos, se han separado de nosotros. No alimentemos pensamientos hostiles, sino un amor muy especial*". A Mons. Chelucci en su Visita ad limina: "...*espíritu de caridad que vaya al encuentro de los extrañados y alejados, considerándolos como hermanos y no como extraños o enemigos*", en *Civ. Catt.*, 113, I (1962), 280.

Esta actitud de objetividad histórica, de simpatía humana y cristiana, ha sido tenida en cuenta en todo el curso de la etapa preparatoria. Los esquemas tocantes a los católicos orientales fueron estudiados a la luz de la compleja problemática de las relaciones con los orientales separados⁹⁷.

Ni se ha omitido algún ensayo de colaboración con estos procurando llegar a un entendimiento “para la celebración de las fechas más importantes de la vida cristiana”⁹⁸.

Si nuestro afecto católico no ha de tener frontera, tiene motivos especialísimos para dirigirse primeramente hacia los separados del Oriente, los Ortodoxos. Lo que nos separa de ellos es ínfimo en comparación de lo que nos une. El pensamiento es de León XIII. “*Non ingenti discrimine seiunguntur*”⁹⁹. La ausencia de ellos nos ha privado de muchos bienes. Hoy la comunión de bienes espirituales en la Iglesia, sería ciertamente mucho mayor si no se hubiese roto la concordia con ellas. “*Mansisset plurimorum magnorumque communio bonorum, si concordia mansisset*”¹⁰⁰.

Ansiamos vehementemente la reconciliación con estas Iglesias. “*Separadas de la roca aurifera, permanecen auríferas*”¹⁰¹. Su retorno aportará a la Iglesia un esplendor inusitado. Esplendor que Pío XII definió como “gran extensión del Cuerpo Místico de Jesucristo y de cada uno de sus miembros”¹⁰². Juan XXIII lo anuncia hoy como “*plenitud del misterio de la Comunión de los Santos*”.

“¡Oh! ¡Qué acontecimiento prodigioso! ¡Qué flor de caridad humana y celestial sería el encaminamiento —*l'avviamento*— decidido hacia el reencuentro —*rincongiungimento*— de los hermanos separados del Oriente y del Occidente en el único redil de Cristo, el Pastor eterno.

”Esto debería ser uno de los frutos más preciosos del próximo Concilio Ecuménico Vaticano II, para la gloria del Señor en la tierra y en los cielos, para exultación universal en la plenitud del misterio de la Comunión de los Santos”¹⁰³.

⁹⁷ III Sesión de la Com. Cent. Prep., OR 20-I-1962: “*Dada la proximidad de mentalidad, de vida y usos religiosos entre católicos y no católicos orientales, una decisión que toca a los católicos puede tener repercusión inmediata, de simpatía o recelo, entre los no católicos*”.

⁹⁸ VI Sesión de la Com. Cent. Prep., OR 14/15-V-1962.

⁹⁹ *Praeclara Gratulationis*, ASS 26 (1893-1894), 707.

¹⁰⁰ *Urbanitatis Veteris, Leonis XIII Acta Praecipua*, Brugis, 1910, vol. VIII, p. 58.

¹⁰¹ Pío XI a la Federación Universitaria católica italiana; cita tomada de Aubert, o. c., p. 123.

¹⁰² *Orientales Omnes Ecclesias*, AAS 38 (1946), 33-34.

¹⁰³ AAS 52 (1968), 526.

IV. CONCILIO DE UNIÓN O CONCILIO PARA LA UNIÓN

Aquí surge una pregunta. ¿Podrá el Concilio renovar y adecuar la Iglesia de modo tal que los demás cristianos separados puedan reunirse nuevamente con Ella? La dificultad estribaría en que la Iglesia celebra un Concilio en vista de la reunión de los cristianos, sin contar con la presencia de ellos.

El Concilio, fue dicho sin ambages, es un hecho interno de la Iglesia —*fatto interno della Chiesa*—¹⁰⁴:

“*Tiene un campo propio bien delimitado —provinciam habet re ipsa suam—, ya que se ocupará única y exclusivamente de la Iglesia Católica, nuestra Madre, y de lo que toca a su actual organización interna*”¹⁰⁵.

No se quiere hacer un *Concilio de Unión*. Mientras no se lleve a cabo este *Concilio para la Unión*, se ha excluido expresamente la posibilidad del primero.

Mas la pregunta sigue en pie. ¿Puede este Concilio ser un paso positivo hacia la Unión? ¿No se corre más bien el peligro de que la Iglesia se esclerotice en posiciones que harán más difícil el logro de esa meta? El problema no es despreciable, pero la respuesta no es tan difícil como aparenta. La búsqueda de la unidad por la caridad de parte de la Iglesia y el ideal evangélico que inspirará sus reformas, no sólo evitarán toda esclerotización, sino que la lanzarán con eficacia al encuentro de los hermanos. Es el secreto de la caridad.

La caridad, por lo demás, ha acortado notablemente la distancia entre lo que llamamos *Concilio para la Unión* y *Concilio de Unión*, hasta el punto de no verse con precisión los límites propios de cada uno. El Vaticano II no será un *Concilio de Unión* por la simple razón de que los Obispos de las iglesias separadas no sesionarán junto con los católicos. No obstante esta ausencia, los hermanos separados estarán muy presentes. Múltiples capítulos harán efectiva esta presencia.

En primer lugar, toda la problemática del Concilio será tratada teniendo en cuenta la facilitación del retorno.

“Si estamos solícitos y tenemos la preocupación por reordenar y aplicar todo el fervor a aquellas cosas que son las bases, las luces y las gracias de la Iglesia Católica, de la que somos hijos, al mismo tiempo pensamos en nuestros hermanos”.

Así se expresaba el Papa en Santa Sabina. Y en la visita que un día después, el 8 de marzo ppdo., realizaba al Secretariado para la Unión de los Cristianos, manifestaba con claridad cuál será la

¹⁰⁴ Conferencia de prensa del Card. Tardini, OR 1-IX-1959; a la Comisión De Episcopis, OR 27-IV-1961.

¹⁰⁵ A las Comisiones Preparatorias, AAS 52 (1960), 1009.

actitud que guiará a los Padres durante el Concilio, en todo lo atinente a los separados. Citaba a este respecto las palabras pronunciadas en Trento por Monseñor Jerónimo Ragazzoni: "*Como están las cosas, si bien hubiera sido muy deseable que las cuestiones tratadas para su interés hubiesen sido discutidas conjuntamente con ellos, sin embargo, aunque ausentes, igual se ha provisto a su salvación, de modo que no se habría hecho mejor de haber contado con su presencia*"¹⁰⁶.

Los hermanos separados no estarán presentes en el Concilio sólo gracias a la preocupación de los Padres. El Papa les ha pedido expresamente una presencia espiritual, por la oración, similar a la que pidió a todo el pueblo católico.

"El éxito del futuro Concilio Ecuménico, más que del esfuerzo humano depende, ciertamente, de una ardentísima comunión de plegarias. Con ánimo paternal invitamos también a aquellos que, aunque no son de este redil, adoran y aman a Dios y procuran con buena voluntad, observar sus mandamientos, a elevar sus súplicas por esta intención." (Ad Petri Cathedram)¹⁰⁷.

La presencia de los separados será también visible. Las sugerencias formuladas por ellos afluyen ya al Vaticano, en un movimiento desconocido hasta ahora en la historia de las relaciones interconfesionales. Los hijos ausentes se hacen presentes por correspondencia.

"*Con gran insistencia* —dice un comunicado de prensa de la K. N. A.— *puso el Papa de relieve que ya han llegado al Vaticano, tanto de parte protestante como ortodoxa, numerosas peticiones tocantes al Concilio*"¹⁰⁸.

Este nuevo tipo de relaciones con la Iglesia Católica, se ha visto favorecido y fomentado por la iniciativa que tomó Juan XXIII al instituir, por el Motu Proprio *Superno Dei Nutu*, el Secretariado para la Unión de los Cristianos¹⁰⁹. No dudamos que la institución marcará rumbos en el camino hacia la Unidad de todos los bautizados.

Si bien tuvo que ser moderada la impaciencia que este Secreta-

¹⁰⁶ OR 10-III-1962.

¹⁰⁷ AAS 51 (1959), 516. Cfr. Bula *Humanæ Salutis*, AAS 54 (1962), 12: "*Por fin pedimos encarecidamente —enixe rogamus— a todos los cristianos separados de la Iglesia católica que eleven sus plegarias a Dios, porque el Concilio redundará también en provecho de ellos*". En Santa Sabina, OR 10-III-1962: "*Continúen orando junto con nosotros. Continúen hasta el final, cuando tendremos la alegría de poder decirles: ¡Mirad! Hemos conseguido realizar nuestro deseo de restauración, de actualización a las nuevas circunstancias del mundo, permaneciendo fieles al Testamento del Señor*".

¹⁰⁸ *Civ. Catt.*, 112, I (1961), 418.

¹⁰⁹ AAS 52 (1960), 436: "*Para demostrar Nuestro amor y benevolencia hacia aquellos que llevan el nombre cristiano mas están separados de esta Sede Apostólica, para que puedan seguir los trabajos conciliares y encontrar con mayor facilidad el camino a la unidad. . . , se instituye una Comisión especial o Secretariado, que tendrá como presidente un Excmo. Señor Cardenal, designado por Nos, y funcionará a tenor de las Comisiones arriba mencionadas*".

riado despertó¹¹⁰, la actividad desplegada ha sido ingente. Y el bien que de él brota, redunda en bien de todos los cristianos separados y de nuestra Iglesia.

Los contactos establecidos por este Secretariado, "algunos de ellos cubiertos todavía por velo de la discreción"¹¹¹, permitirán que la voz de nuestros hermanos se escuche en el próximo Concilio. Aunque estén ausentes, muchos esquemas de decretos y relaciones que presentará el Secretariado son el fruto de un diálogo personal o escrito con ellos.

El informe del Cardenal Bea a Su Santidad sobre la actividad del Secretariado llama la atención sobre el particular:

"Esta dichosa presencia de V. S. en medio de nosotros, nos ofrece antes que nada la ocasión para agradecer de todo corazón, Beatísimo Padre, por la institución de este Secretariado.

"Nosotros, que llevamos trabajando aquí casi dos años, mejor que nadie hemos podido constatar de cuánta utilidad es, y cuánto fruto ha producido ya esta institución. En realidad, a muchos hermanos, separados del organismo visible de la Iglesia, unidos sin embargo a Ella por medio del Santo Bautismo, el Secretariado ha ofrecido y continúa ofreciendo la posibilidad y la facilidad de contactos con la Iglesia Católica, para proponer sus dudas y exponer sus propios deseos. Todo esto, sin duda, ha sido para ellos de gran utilidad y ha reportado a la Iglesia mucho fruto, en especial para el próximo Concilio. El hecho de que en seis sesiones plenarias, cada una de las cuales duró casi una semana, nuestro Secretariado haya podido elaborar para el Concilio varias relaciones y esquemas de decretos, trasmitidos después a diversas Comisiones, se debe en gran parte a estos contactos con los hermanos separados, personalmente o por escrito"¹¹².

Otro modo de presencia será la asistencia de Observadores al mismo Concilio. Desde un comienzo se tuvo en cuenta dicha posibilidad. Estudiada la cuestión después de atento examen por la II Sesión Preparatoria, se ha resuelto formular una invitación de común acuerdo en cada caso con los interesados¹¹³. El Papa en la Bula *Humanae*

¹¹⁰ A las Comisiones Preparatorias, AAS 52 (1960), 1009-10: "*Nos confiamos que cuantos, sin comulgar plenamente con la fe católica, se interesan con sencillez y esperanza en los trabajos preparatorios del Concilio, no hallarán descortés el que deban aguardar a que los Padres y Consultores hayan cumplido su misión*"⁷⁵.

¹¹¹ Entrevista del Cardenal Bea para la revista *De Linie, Civ. Catt.*, 113, II (1962), 180.

¹¹² OR 10-III-1962. Sobre la misión que cumple el Secretariado cfr. nota 111, *Civ. Catt.*, 113, II (1962), 180, 283-284. En una declaración por la Radio Baviera decía: "*De lado católico y no-católico, en especial de los laicos, han llegado a este Secretariado numerosos escritos que contienen propuestas y sugerencias relacionadas con las decisiones que podrían ser tomadas por el Concilio en orden a una mayor comprensión entre las diversas Confesiones religiosas. La mayor parte de tales escritos es de gran valor y merecen ser tomadas en cuenta, pues demostraron ser de suma utilidad para la preparación del Concilio*"; *Civ. Catt.*, 113, 1 (1962), 491.

¹¹³ Conferencia de prensa del Cardenal Tardini, OR 1-XI-1959; Interview por TV francesa, *Acta et Documenta*, series I, vol. I, p. 160; Conf. de prensa de

Salutis expresa su alegría porque muchas comunidades “*esperan poder enviar sus representantes —legatos— para informarse de cuanto acaece en el Concilio*”¹¹⁴. Estamos seguros que la presencia de ellos, no sólo “*no redundará en tensiones, sino en un mejoramiento de relaciones*”¹¹⁵.

CONCLUSIÓN

El Concilio Vaticano II está a las puertas. Se abrirá el 11 de octubre, bajo la estrella y el recuerdo del Concilio de Efeso¹¹⁶. Fue entonces que el Espíritu dio a su Iglesia poder expresar con claridad el misterio de la renovación de la naturaleza humana y de su Unión hipostática al Verbo. Quiera El hoy darnos a entender el misterio de nuestra Unión mística a Cristo y poder consumarla por la caridad “*para que crea el mundo que El es el enviado*” (Jn 17, 23).

Pbro. CARMELO J. GIAQUINTA.

Mons. Felici, OR 20-IV-1961; crónica de la II Sesión de la Comisión Central, 1ª Reunión: OR 8-XI-1961.

¹¹⁴ AAS 54 (1962), 12.

¹¹⁵ Declaraciones del Cardenal Bea a *De Linie*, cfr. nota 112. Sobre el modo de asistencia de estos observadores, cfr. las Declaraciones del mismo Cardenal: “*Tendrán amplias posibilidades de estudiar y seguir de cerca el trabajo del Concilio. Estas posibilidades no se limitarán, evidentemente, a la asistencia a las sesiones solemnes en presencia del Papa, donde ya no se discute, sino que sólo se leen y votan formalmente los textos discutidos y aprobados en una votación preliminar. Podrán participar a las sesiones plenarias, las llamadas Congregaciones Generales de los Padres Conciliares... donde se discuten todavía los textos ya aprobados por las diversas Comisiones del Concilio. Salvo casos excepcionales no asistirán a las Sesiones de las Comisiones, pero serán informados por medio de este Secretariado para la Unión, el cual podrá invitar a los mismos Padres para que lo hagan ellos directamente*”.

¹¹⁶ *Consilium Dni*, AAS 54 (1962), 65.